

—Sí, la noche antes de su muerte, y también me entregó un papel escrito para ti.

—¿Un papel?

—Sí, para cuando trates de casarte.

—¡Ve á buscarle... pronto!

Niania obedeció, regresando con un papel amarillento, doblado, que Dournof desplegó temblando de emoción.

“Mi bien amado—decía—cuando hayas hallado la mujer á quien debas amar, no dejes que mi recuerdo ponga entre vosotros una barrera. Seré feliz si te veo dichoso, y mi bendición caerá sobre tu esposa”.

—¡Valía más que yo —exclamó el joven vencido por tanta grandeza, besando el escrito hecho con mano debilitada por la próxima muerte.—¡Valía mil veces más que yo, santa querida, qué bien has hecho en morir. No hay en la tierra un hombre digno de til

Niania se retiró discretamente, y Dournof aquella noche pensó más en Antonia que en Mariana.

XXII

No tardó Mariana en recobrar su dominio hacia el joven. ¡Qué eran las virtudes de Antonia dormida bajo un bloque de granito, ante las gracias que renacían de continuo de aquel ser vivo y rebotante de encantos!

¡Estaba ella también enamorada! Su corazón, ligero y frívolo tenía algún sentimiento de bondad y Dournof había entrado en él por la puerta de la compasión, manteniéndose por el orgullo; en aquel momento ni quería ni podía amar á nadie más que á Dournof. Lo decía con sinceridad, con toda su alma, y era verdad.

Animada por tan hermoso fuego fué un día á buscar al ministro á su gabinete.

—Papá —le dijo—¿quién es el primero de los presidentes jóvenes?

—¿Cómo el primero? —preguntó el padre con asombro.

—El más inteligente, el que tiene más porvenir, en fin ¿cuándo tú te canses de ser ministro, quién te reemplazará?

Un poco sorprendido por tanta previsión, el bueno del padre le repuso:

—Creo, si las apariencias no me engañan y las circunstancias no varían, que mi sucesor será Dournof.

—Pues bien, papá, yo quiero casarme con Dournof.

El ministro saltó sobre su sillón mirando á su hija con asombro.

—¿Casarte con Dournof? ¿Y por qué? ¿Qué nuevo capricho es ese?

—¡Me casaré con Dournof ó moriré de pena, así es que puedes hacer lo que quieras!

Muy sobresaltado el señor Mérof, salió de su gabinete llevando á su hija al lado de su madre, á quien tan inesperada noticia sorprendió menos que á él.

—Eso me admira—repuso,—siempre creía que Mariana no se casaría como las demás jóvenes.

—¡Pero Dournof no es más que un simple presidente!—exclamó Mérof.

—¿No me has dicho que llegaría á ser ministro? Siendo así no tendré necesidad de salir del ministerio.

—¡Pues yo no quiero!—exclamó Mérof con exasperación.

—Como tú quieras, papá—repuso Mariana bajando la cabeza con fingida resignación.—Los padres de la señorita Karzof también causaron la muerte de su hija... ¡mi destino será igual!

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó Mérof con extrañeza.

Con gran elocuencia y haciendo alusiones muy directas, la joven refirió la historia de Antonia.

—Pues bien—añadió—será el destino de Dournof no poderse casar con las mujeres que ama... Sus novias deben morir por culpa de la crueldad de sus padres.

—¿Pero sabes si él te ama?—preguntó el padre incapaz de responder con argumentos serios á las razones de su hija.

—¡Sí me ama!—un destello de orgullo relampagueó en los ojos de la coqueta—¡Sí me ama! pregúntaselo, papá, ya verás lo que te contesta.

—¡Bien! ¿es decir, que soy yo quien ha de ponerle tu mano?—dijo el ministro con ironía.

Mariana hizo una reverencia.

—Si así te place, mi querido papá. Ya sabes muy bien que de no ser así él nunca se atrevería á dar los primeros pasos. ¡Por lo demás, tampoco debes admirarte; pues ya sabes que de este modo se negocian los matrimonios cuando las princesas de sangre real se casan con simples mortales!

Los padres cambiaron una mirada, no pudiendo reprimir una sonrisa.

—¡Vamos, papá, sé bueno conmigo, cásame con Dournof y te querré mucho! A mamá nada le pido puesto que nunca me contraría. ¡Ella nunca me hubiese amenazado con dejarme morir de dolor!

—¿Que yo te he amenazado con dejarte morir?—exclamó Mérof asombrado por tanto aplomo.

—¡Sí, puesto que no quieres que me case con Dournof!

No hubo medio de hacerla ceder; con mucho trabajo pudo el ministro lograr que su hija le concediese ocho días para adquirir informes.

Las informaciones no aportaron á Mérof ningún antecedente nuevo, pues demasiado sabía á qué atenerse respecto al valor moral é intelectual del joven cuya posición él mismo había elevado. A los ocho días, Dournof fué llamado al gabinete del ministro para un asunto personal, saliendo de allí futuro esposo de Mariana.

Aquel resultado que estaba lejos de suponer fuese fácil y brillante, no dejó de admirarle un poco: se dijo que la joven debía haber puesto toda su inteligencia y voluntad para conseguir tal resultado. Lo que le parecía más extraordinario era el que Mariana hubiese adivinado su amor y hubiese dado aquel paso sin asegurarse de que era correspondida. ¿Y si él no hubiese querido casarse?

Dournof se reprochó este mal pensamiento. En los esfuerzos de la joven él solo debía ver un alma ingenua que va recta á su fin. ¿Su amor había sido adivinado? Era una prueba de un alma enamorada y nada más.

Ebrio de placer regresó á su casa. Aquel casamiento, á la vez que le ponía en posesión de la mujer amada, le colocaba á mayor altura, teniendo más seguridad de ser ministro; á la primera vacante sería auxiliar de su suegro... ¡qué porvenir tan hermoso le aguardaba!

—*Niania*, me caso,—dijo á la criada cuando ésta, fiel á sus costumbres, al verle entrar le siguió á su gabinete.

La criada le miró é hizo la señal de la cruz, pareciendo murmurar una plegaria; después se prosternó ante su amo, y, según costumbre antigua, fué á besarla en un hombro.

—Yo te felicito, amo mío—le dijo—deseo que seas feliz con tu esposa y bendita tu posteridad.

Se calló, y su mirada fué á fijarse con vaguedad hacia la ventana. Brillaba un hermoso sol de primavera.

—*Allá* debe haberse fundido la nieve—dijo *Niania* con voz vacilante;—hace tiempo que *ella* no tiene flores.

—Tienes razón,—repuso Dournof cogiendo su sombrero;—voy en seguida.

—Se detuvo... qué iba á decir ante aquella tumba confidente de todos sus pensamientos?

¿Podía confiar al granito las emociones que hacían palidecer sus mejillas y latirle el corazón cuando Mariana ponía una de sus manos en la suya?

—Voy á darle las gracias—dijo en alta voz —¡por la bendición que *ella* me envía desde el cielo!

Llenó el coche de flores como el día en que le vió Mariana ir al cementerio, y no pudo menos de

comparar cuán diferentes eran aquel día y este.

—Es Antonia quien la ha puesto en mi camino,—se dijo—y su voluntad lo ha hecho todo. ¡Bendito seas, ángel querido!

Pero ¡ay! Antonia iba quedando en su corazón tan fría como las estatuas de mármol de los sepulcros. Era una santa la que velaba por él, no la amante de siempre; la adoraba muerta á quien fué el último en besar las frías mejillas y la frente descolorida.

Mientras arreglaban las flores, pensó en que aquel día también Mariana debía tener su ramillete; hizo dos semejantes y comparándolos un instante vaciló, concluyendo por poner una tarjeta en el más hermoso, enviándolo á su prometida.

Aquella preferencia le produjo algunos remordimientos, pues durante el largo trayecto se la reprochó más de una vez.

—¡Bah!—se dijo al acercarse al cementerio—¿eso que le puede importar á Antonia?

Llevó su ofrenda hasta la cruz de hierro, caminando con trabajo sobre la nieve á medio fundir, y al llegar á la cima del montículo, ató el ramo á la cruz con una cinta blanca, y después apoyó su mano sobre el zócalo de piedra. Estaba tan fría, que se estremeció, retirándola en seguida.

Quedóse un instante pensativo. Quería ofrecer su alma á la protección de Antonia; participarle su alegría pidiéndole que la compartiese... pero sentía que no le era posible hablar á Antonia de Mariana; tuvo un presentimiento rápido como un relámpago y desvanecido con igual prontitud; le parecía haber oído una voz diciéndole que Mariana no era la esposa que Antonia hubiese querido ver á su lado para seguir el camino de la vida.

Lanzó un suspiro besando la piedra. La impresión del frío fué más viva que la que sintió en la

mano, pasóse el pañuelo por los labios á fin de calentarlos y descendió de la colina.

Una alegre vivacidad se apoderó de él, sus movimientos eran más ligeros, como los del hombre que se libra de un peso; volvió á montar en el coche é hizo que fustigasen los caballos; todo el camino fué pensando en los rubios cabellos de Mariana.

XXIII

Aquel día Dournof fué invitado á comer en familia en casa del ministro. Cuando el joven se presentó, Mariana salió á su encuentro llevando en una mano el ramillete, presentándole la otra sobre la cual posó sus labios.

La finura de aquella mano borró la impresión glacial que la tumba de Antonia dejó en los labios de Dournof, vivificándoles con su fuego. La velada fué agradable para todos. Los padres se felicitaban de ver en el joven las condiciones de un hombre de Estado, juntamente con las que enamoraron á su hija. Por su parte, Dournof, sentíase feliz al lado de Mariana, máxime cuando hasta entonces había rechazado todo momento de dicha.

En cuanto á Mariana, estaba alegre y encantadora; había vencido. ¿Qué más podía desear?

La boda se fijó para un plazo próximo, se celebraría antes de tres semanas. Se acordaron todos los preparativos. Dournof conservaría la casa que alquiló y amuebló con arreglo á su nueva posición; la señora Mérof se encargaría de arreglar en ella un hermoso gabinete para su hija. También se convino que mientras Mariana no adquiriese los conocimientos indispensables á toda ama de casa, los cuales le faltaban en absoluto, los recién casados comerían en casa del ministro.

- Dournof, si necesita usted una mujer para el

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
Cada. 2625 MARZETTI, ALVARO

arreglo de su casa, no la busque usted en Mariana—le dijo el padre.

El joven lanzó sobre su prometida una mirada de placer y repuso:

—No, precisamente dispongo de una que no tiene rival.

—¿De veras?—preguntaron á la vez madre é hija.

—La vieja *Niania*...

—¿Su criada?...

Dournof se halló muy cohibido.

Con frecuencia sucede á un hombre no poderse casar con su primer amor: y cuando llega el momento de casarse con otra no siente cortedad en confesarlo; pero cuando se han consagrado algunos años de fidelidad ejemplar á la primera pasión cuesta mucho esfuerzo confesarla. Así es, que no sin vacilación Dournof se decidió á confesar algo del pasado.

—Es la criada de una familia con la cual intimé en otra época... me ha sido fiel durante los días de miseria... pues yo también la he conocido,—dijo á la vez que sonreía á Mariana.

La joven abrió sus grandes ojos. La palabra miseria no tenía significación para ella; era una página triste leída en una novela. La miseria más real que conoció fué la que se retrata en los comienzos, de "*A la luz de los reverberos*". Así es que las palabras de Dournof le parecieron desprovistas de sentido. Un hombre que llevaba chaleco blanco é iba á ser su esposo no podía haber conocido la miseria Mariana sonrió porque Dournof sonreía y nada repuso.

—¿Cómo se unió ella á usted?—preguntó la señora Mérof deseando conocer más á fondo á la mujer que iba á regir el nuevo hogar.

Dournof vaciló, su honrado espíritu odiaba la mentira; decidiéndose á hablar con franqueza y poniendo una de sus manos en la de Mariana, repuso:

—Mi *Niania*, servía ya á la señorita Antonia Karzof, de la cual deben ustedes haber oído hablar.

La mano de Mariana se estremeció.

—La prestó sus servicios con absoluta abnegación, y cuando... la depositamos en la tumba, abandonó á sus antiguos señores, que no estaban libres de reproches, para venir á mi lado sirviéndome con fidelidad durante mis malos tiempos, en los que yo nada era, en los cuales ustedes no se hubiesen dignado mirarme, pues iba muy mal vestido.

Levantó los ojos para fijarlos en los de Mariana, la cual le respondió con un ademán que significaba: —¡Yo te hubiese mirado, puesto que debías ser mi esposo!

—¿Pero esa mujer verá con buenos ojos á su nueva ama?—añadió la señora Mérof.—Después de haber amado tanto á la señorita Karzof, vuestro afecto hacia ella os honra mucho...

—Ella es la que me ha impulsado á casarme—añadió Dournof—me veía triste y pensativo—y cambió una mirada con la joven—adivinó el objeto de mis pensamientos y tranquilizó mis escrúpulos dándome un papel escrito por su ama antes de morir, en el que me recomendaba me casase tan pronto como encontrara una mujer digna de mi amor.

Una mirada dijo á Mariana serlo ella.

La señora Mérof, muy contenta por disponer de una mujer á propósito para gobernar la nueva casa, felicitó á Dournof por su suerte.

—Creo merecerlo,—repuso el joven—pues hasta hace poco la suerte nada había escrito en mi activo.

Los preparativos se hicieron con la rapidez de que pueden disponer los poderosos y pronto llegó la víspera de la boda.

La noche anterior, antes de acostarse, Dournof recorrió la habitación en la que no volvería á estar solo, llevando una vela en la mano; se detenía ante

cada mueble, inspeccionándolo todo, recreándose de antemano en la alegría que Mariana había de prestar á aquella casa.

Entró en su gabinete, viendo el retrato de Antonia que estaba sobre la mesa. Desde hacía tiempo, aquella imagen que le fué tan querida estaba oculta por un periódico ó cualquiera otro papel, puesto como por descuido. Lo menos hacía ocho días que los ojos de Dournof no se habían fijado en el cuadro.

Se reprochó tanta ingratitud y quiso que su imaginación se reconcentrase en *ella...* pero el esfuerzo le era muy penoso.

—No puedo dejar que el retrato siga en el mismo sitio—se dijo.—Mariana tendría motivo para ofenderse.

Después de haber vacilado un instante cogió el cuadro para guardarle en un cajón, pero como no tenía las llaves le dejó sobre la mesa poniéndole boca abajo; después se fué á su dormitorio.

Allí la imagen de Mariana, descotada y llena de encajes, le sonreía en su dorado cuadro, puesto á la cabecera de su lecho. Lo cogió posando sus labios en la sonriente imagen.

—Mañana será mi esposa—se dijo.

Apenas se había acostado cuando creyó oír en la habitación inmediata un ligero ruido de pasos. Llamó, pero no obtuvo contestación, creyendo haberse engañado. Al siguiente día, al buscar el retrato de Antonia no lo encontró. Dournof quiso preguntarle á *Niania*, pero aquel día era tan corto para él que no tuvo tiempo.

Llegó la noche. Después de la espléndida boda, celebrada en la capilla del ministerio, Dournof llevó á su esposa á su casa rebosante de júbilo y belleza. El gabinete iluminado con esplendidez y lleno de flores, le pareció encantador, la alfombra veíase cubierta de ramitos de flor de naranjo.

Dournof presentó á su esposa la servidumbre de la casa; *Niania*, siempre seria, se había quitado el duelo saludando con respeto á su nueva ama, quien amistosamente le puso una mano sobre el hombro. Después de esto salió la criada y Dournof guió á su esposa al dormitorio.

Cuando las puertas de la cámara nupcial se cerraron, *Niania* miró durante algún tiempo las cortinas que la cubrían; después, moviendo con pesar la cabeza, fué en busca del retrato de Antonia y poniéndole sobre la mesa, en el mismo sitio que antes ocupaba, exclamó:

—Perdónale, tú que estás en el cielo, perdónale. Ahora es feliz, cuando sea desgraciado volverá á buscarte... Perdona, santa mártir, al hombre débil á quien una mujer ha trastornado el juicio.

Besó el retrato, volvió á ocultarlo y apagando las luces, se retiró.

XXIV

Un año hacía que se había casado Dournof cuando en una lluviosa mañana de primavera oyó *Niania* que la llamaban; era la voz de su amo, más seca que de costumbre. Se levantó para acudir en seguida.

—¡Ven pronto!—dijo, y juntos entraron en la habitación de Mariana. Dournof se tambaleó de emoción viendo al médico que sostenía en los brazos á un recién nacido.

—¿Qué es?—preguntó el padre.

—Un niño, un verdadero Dournof, pues se le parece mucho á usted—exclamó el médico.

Niania recogió al niño en su delantal murmurando palabras de bendición para él.

Dournof miró silencioso durante algunos momentos á su hijo. ¡Cuántos pensamientos cruzaron por su mente cuando el recién nacido lanzó sus primeros llantos! ¿Era la mujer rubia y añiada que tenía tan cerca, ó la otra quien debió ser la madre de sus hijos? Sus ojos tropezaron con los de *Niania* y ambos se comprendieron.

—Quiérello mucho, *Niania*,—le dijo en voz baja;—ámale, pues es para mí lo más caro que tengo en el mundo.

—No temas nada, amo mío, es un Dournof y eso me basta.

¡Ayl si, Mariana no era lo que Dournof más quería en el mundo; ya amaba más aquel niño que ape-

nas contaba un cuarto de hora, que á la esposa que hacía un año tenía en su hogar. No era que el sentimiento paternal hubiese nacido de repente en el corazón del padre en toda su intensidad, era que Mariana no era toda su vida, sino una parte; dulce y frívola como una flor cuyo perfume se respira y que después se abandona por otra cosa más importante.

Después de su matrimonio, de los primeros días de embriaguez, Dournof sintió que una tristeza que no podía disipar se iba apoderando de él, al hallarse al lado de su esposa. Mariana era un ser encantador, lleno de seducciones irresistibles, á la que amó pronto y muy de prisa, mas no era la mujer al lado de la cual se reposa de la fatiga y de los cuidados, y se le pide consejo en las horas de duda. Mariana no era como Antonia, y Dournof debía acordarse de ésta, siempre que estaba triste ó fatigado.

Mariana le amaba, y él amaba á Mariana; pero poco á poco su alegría de recién casado se fué desvaneciendo al ver que su esposa era muy inferior á él, y tan distinta de como lo hubiese deseado. Le compadecía por haber recibido una educación tan frívola é ignorar tan por completo los deberes de la vida y agradarle tan poco las cosas sencillas. A la amargura sucedió la compasión, y continuó mirando á su esposa como á un ser agradable, pero á la vez irresponsable, hecho para el placer y la banalidad; pero falto de inteligencia para las cosas serias.

Una hora después de aquel solemne momento, apoyado á los pies del lecho, contemplaba á Mariana que dormía con tranquilidad.

—¿Qué tal madre será?—preguntábase Dournof con el corazón oprimido por mil vagos temores.—¿querrá criar á su hijo ó dejará que lo hagan pechos mercenarios?

El problema de la lactancia no estaba bien dilucidado; una campesina robusta esperaba en la cocina

la suprema decisión de los amos, aguardando saber si la madre podría ó querría soportar las fatigas maternales. A estas preguntas Mariana sólo había contestado:

—Ya veremos.

Dournof comprendió que su esposa no querría criar y una zozobra muy dolorosa se apoderó de su espíritu.

—¿La amaré igual si se niega á criar á su hijo?—se preguntó.

Un gran desfallecimiento se apoderó de él pasando la mano por la frente. Estaba seguro de amarla menos si eludía aquel deber, como ya había eludido otros. Para cambiar de sentimientos fué á ver á su hijo.

En la vasta habitación, bien alumbrada, que se eligió para gabinete del niño, amueblada con comodidad y sencillez, reinaba una atmósfera dulce é igual; la cuna, cubierta con cortinas azules, ocupaba el rincón más abrigado, del sol y de las corrientes de aire; sentada en una silla baja, y con el niño en brazos estaba la nodriza esperando que decidiesen su suerte.

Niania vino á decir á su amo con una tranquilidad que parecía emanar una especie de perfume:

—Todo va muy bien.

Dournof recorrió con los ojos la habitación, vió que todo estaba arreglado, y sonriendo se dirigió hacia la cuna. El niño, dormido, acababa de ser puesto en ella; el que iba á transmitir su nombre á las generaciones futuras nació entre seda, mientras él había nacido entre algodón; el heredero de su nombre y fortuna tal vez llegaría á ser más grande que él. El niño dormía el primer sueño terrenal, su tranquilo semblante no revelaba la menor ambición. Después de contemplarle regresó á su gabinete.

Durante los últimos días que precedieron á su matrimonio, ingenió para buscar á su esposa un sitio

en donde pudiese leer ó trabajar á su lado. Se fijó en un rincón, cerca de su mesa; allí puso un canapé, una lámpara fija en la pared, una mesita, cojines y una alfombra; pero ésta conservaba todo su brillo, la lámpara no se encendió dos veces y los libros habían desaparecido para ser llevados al gabinete de Mariana, más claro y más alegre y Dournof renunció á su ideal de ver endulzadas sus horas de trabajo por la presencia de su esposa, y tuvo que seguir haciéndolo solo, mientras que Mariana permanecía siempre fuera de casa ó dedicada á su tocado, gozando de la libertad que el matrimonio concede á la mujer.

Salió de casa para desvanecer las negras ideas que le asaltaban, y al regreso, la halló invadida de parientes y amigos inoportunos que vinieron á felicitarle.

Al siguiente día se planteó el gran problema; según declaración del médico, Mariana podía criar; la señora Mérof, como mujer lista y prudente, se contentó con mirar á todo el mundo y guardar silencio. *Niania*, con el niño en brazos, esperaba una resolución que para ella no era dudosa. Dournof depositó en la mano de su mujer un beso de ternura, pues aun la quería de veras.

—¿Y bien, señora, qué decide usted?—preguntó el médico.

Mariana miró á los semblantes que la rodeaban llenos de ansiedad; después á su hijo dormido, que parecía no querer despertar, y repuso:

—No puedo criarle, este invierno he sufrido mucho y temo no poder llegar hasta el fin.

Dournof sintió oprimírsele el corazón; era una nueva esperanza que se desvanecía. En el fondo de su alma siempre sospechó que aquella ilusión no era más que un soplo. Pronto aparentó estar tranquilo, felicitó á su esposa por su prudencia y el niño fué entregado á la nodriza saliendo tras ella.

¡Con qué emoción vió al pequeñuelo agarrarse al pecho y por primera vez absorber con avidez el jugo que debía nutrirle! Contemplando aquel espectáculo un profundo suspiro se escapó de su pecho y al apartar la vista, *Niania*, que estaba á su lado, le dijo en voz baja:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios y El le dé larga vida al inocente! Pero nuestra Antonia...

Una mirada severa de Dournof cortó la frase, la vieja bajó la cabeza, pero su amo lo había comprendido todo. No, Antonia no hubiese dejado nunca que un pecho extraño amamantase á su hijo; jamás hubiese cedido á otra el placer de gozar las primeras caricias, las primeras miradas del niño; hubiese tenido celos, todas las caricias de aquel ángel las hubiese querido para ella, pues para eso le nutría.

Dournof salió de la habitación y *Niania* respetó su silencio. La abuela vino después á ver al nieto rodeada de amigas, todas daban consejos; pero *Niania* no hizo caso de ninguno. ¡El niño era de ella, Dournof se lo había dado! Mientras el padre estuviese contento, le importaba muy poco lo que los demás pudiesen decir.

XXV

Mariana, fresca y sonrosada, pronto reanudó su vida de mundanales placeres; por la tarde se la veía pasear por las islas en coche descubierto, muchas veces acompañada de su esposo, algunas por sus padres, y sola, cuando ni uno ni otros tenían ganas de ir con ella. Un enjambre de jóvenes se agrupaba en torno del carruaje durante la hora que precede á la puesta del sol, tan tardía en aquella latitud.

Todos los paseantes, á pie, á caballo ó en coche iban á la fuente de la isla Yelaguine para contemplar el magnífico panorama que ofrece el Neva en su desembocadura. El sol poníase á las nueve y media, tras las ondas del golfo de Finlandia, mientras sus últimos rayos doraban el naciente césped, la verdura de los árboles y los retorcidos brazos del Neva que formaban la isla llena de hoteles. Aquel paseo es una especie de campo de Longchamps, donde se reúne la buena sociedad de San Petesburgo durante el verano.

Aquel era el sitio que le agradaba frecuentar á Mariana, más amante de la vida de placeres que de cualquiera otra. Cuando su marido la acompañaba sentíase orgullosa de ser la esposa del presidente Dournof; pero su esposo no siempre podía ir con ella y entonces veíase rodeada por aquel brillante torbellino de galanteadores, oyendo sus embozados ga-

lanteos, y poco á poco, al verse admirada, se fué haciendo más coqueta.

Le gustaban aquellos homenajes; ¿qué mal había en ello? Por lo demás, ¿no era una mujer que amaba á su esposo lo mismo que el primer día de su boda? ¿No era una buena madre? En efecto, mañana y noche y á veces durante el día, iba ver á su pequeño Sergio, le hablaba un momento con ese lenguaje chapurreado que sin saber por qué emplean las madres y las nodrizas, y luego se iba dejando tras ella un fuerte olor á violetas silvestres. ¡Hubiera sido necesario un juicio muy severo para decir que Mariana no era la mujer más irreprochable que se puede llamar!

Sin embargo, la señora Mérof no estaba contenta. Demasiado prudente y experta, para llamar la atención de su yerno sobre cosas que tal vez no veía, trató de retener á su hija en casa; con frecuencia iba á comer ó á pasar con ella la tarde á fin de que cuando Dournof fuese á tomar el te se presentase ante sus ojos un cuadro muy diferente del que le ofrecían las paredes del desierto comedor... Pero Mariana prefería pasar la tarde fuera de su casa y el impedirselo era poco menos que imposible.

El período judicial, cuya terminación debía permitir á los esposos salir de la ciudad, concluía con un proceso importante. El asunto era muy extraño y de mucho interés, tanto que Dournof se hallaba perplejo, no sabiendo cómo resolverse, cómo concretar su opinión sobre el principal acusado; todas las apariencias estaban contra aquel hombre no obstante su honroso pasado, su semblante simpático y honrado y *un no sé qué* denunciador de la bondad de su alma, corroboraban sus rotundas negativas. La opinión pública estaba de su parte, pero los demás culpables le hacían cargos abrumadores.

Desde hacía ocho días no se hablaba en la capital

más que de aquel suceso; una tarde, por casualidad, estaba Mariana en su casa, entreteniéndose en bordar; Dournof, que estaba muy pensativo, levantó los ojos para fijarlos en su esposa, contemplando su fresco semblante.

Aun era una niña, el sello de la tierna juventud se reflejaba en su rostro y en el nacarado cuello; su mirar era inocente y descuidado, la frente pura y lisa... Aquella conciencia no debía conocer ni la duda ni el remordimiento; Dournof se decidió á consultarla.

—Mariana, ¿no has oído hablar del proceso Sistof?

—¡Ah! sí, hace tiempo que con él me zumban los oídos—respondió la joven enhebrando su aguja con lana color rosa.

—¿Qué piensas?

Mariana fijó con asombro los ojos en su esposo.

—¡Vol... nada.

—Procura pensar algo. ¿Conoces los antecedentes del proceso?

Mariana hizo un ademán de asentimiento.

—Bien, ¿crees que Sistof sea culpable?

La joven movió los hombros sonriéndose.

—No sé absolutamente nada—respondió contando los puntos.

—Mariana—añadió Dournof—te suplico me respondas con seriedad. Sabes que mi opinión ha de pesar en el proceso... ¿he de hacer que se condene á un inocente?

—¿Eso te preocupa?—repuso Mariana riéndose—tira al aire una moneda, si cae de cruz es inocente, si cae de cara culpable, ó lo contrario, si así lo prefieres. He leído en los libros que á veces los asuntos serios se resuelven así.

—¡Esposa mía, te suplico que no te burles!—dijo Dournof más emocionado de lo que quería aparecer.

—No sabes el mal que me causas hablando con tanta ligereza...

—¿Vas á sermonearme?—exclamó Mariana haciendo una mueca.—No es culpa mía el que tú me hables de asuntos en los que nada entiendo. ¡Yo no soy una mujer serial! No hay por qué hablarme de procesos, ni de acusados: eso me aburre.

Después recogió el trabajo y se fué del gabinete con aspecto incomodado.

Dournof la vió partir.

¿La reñiría para hacer las paces? El había hecho mal hablándole de cosas que no la incumbían.

Se levantó, pero al poner la mano sobre la puerta del gabinete de Mariana, se detuvo.

—¡Oh, Antonia!—pensó—¿Dónde estás, mi querida conciencia? ¡No desdeñes hablarme desde el cielo!

Bajó la cabeza como para oír el parecer de una voz interior. Después de un instante entró en el gabinete.

—Mariana—le dijo con dulzura;—tienes razón, yo no he debido hablarte de ese asunto.

—¡El malo que me ha reñido! ¡Ahora te pregunto si yo he estudiado!—dijo la joven con lágrimas en los ojos.—Yo no soy ni juez ni presidente. ¿Es culpa mía que esas cosas me aburran?

Dournof le cogió la mano besándola con dulzura, pero sin pasión.

—Vamos, cruel y perverso, dime que no lo volverás á hacer más.

—No lo haré más.

Antonia hubiese adivinado la amargura con que hizo la promesa. Mariana se dió por satisfecha, y sus caricias de niña mimada halagaron un instante á su esposo. Sin embargo, al regresar á su gabinete, Dournof se repetía irónicamente:

—No, no lo haré más.

Sentado en el sillón, con la cabeza apoyada en

las manos, meditó bastante tiempo. La noche avanzaba; Mariana hacía rato que se acostó; lleno de incertidumbres, Dournof se puso en pie. El retrato de Antonia estaba en el cajón en donde lo puso *Niania*. Desde hacía días lo contemplaba en secreto durante sus horas de amargura. Lo cogió y después fué á colgarlo al lado de la lámpara que nunca se encendía para Mariana.

—Recobra tu puesto—dijo—mi luz, mi ángel bueno. ¡Recobra el sitio que nunca debiste abandonar! ¡Eres tú quien ha de iluminar mi vida y perdonar mi olvido, pues en el cielo no hay rencores!

Se dejó caer en un sofá con los ojos fijos en la querida imagen. Al terminar su meditación los rayos del sol entraban por las ventanas del gabinete.

—¡Gracias, conciencia mía!—dijo.—¡Si me equivoco, será con toda la sinceridad de mi corazón!

Sin descansar estudió nuevamente el proceso; á las siete estaba en el tribunal esperando á los jueces y á los abogados para hablar detenidamente con ellos.

En contra á todo lo que se esperaba, pero conforme con la opinión pública, Sístof fué absuelto y probada su inocencia.

El ministro, al encontrar aquella tarde á su yerno en el paseo de las Islas, le dijo:

—¿Sabe usted que ha dado un paso muy atrevido?

Dournof sonrió. Poco le importaban los comentarios; su vida y su fortuna nada eran para él cuando se trataba de su conciencia.

—¿Está usted incomodado?

—Estoy orgulloso, pero...

—Es todo lo que quería saber—repuso Dournof.

El retrato de Antonia siguió en su puesto.

Aquella mañana, *Niania* al llevar á Sergio á su padre, como hacía siempre, notando el cambio, permaneció inmóvil con los ojos llenos de lágrimas, ante aquel cuadro que tantas cosas le decía.

—Amo—le dijo.—¿Qué dirá tu esposa si le ve?

—¡Bah!—repuso Dournof con indiferencia—ella nunca viene aquí.

Niania no respondió, sus ojos se fijaron en el padre y en el niño.

Dournof, inclinado sobre el niño, que estaba dormido, le besó con ternura.

—¡Mientras no se parezca á su madre!—pensó Dournof acordándose de Mariana.

—Ya le enseñaremos á querer á su tía que está en el cielo—dijo *Niania* adivinando el pensamiento.

Dournof, sin responder, hizo seña de que le dejase solo.

En aquel instante Mariana apareció en la puerta vestida para ir á paseo.

—El señor trabaja—le dijo *Niania*.

—¡Oh! entonces me he salvado—dijo Mariana con un ademán cómico lleno de terror infantil.

La puerta se cerró; Dournof al quedarse solo fué á dar una vuelta á la llave y después se arrodilló ante el retrato derramando lágrimas de amargura.

XXVI

Dos años más transcurrieron sin que en el hogar de Dournof hubiese cambios sensibles; luego nació una hija. Al año siguiente la señora Mérof cogió una pulmonía, acompañando á su hija á un baile de trajes al que Dournof no quiso que fuese sola, y la buena mujer murió después de algunos días de sufrimiento durante los cuales no dejó de repetir á su yerno:

—Sé bueno para Mariana.

Dournof se lo prometió solemnemente, cumpliendo su promesa.

Había tomado la costumbre de dejar vivir á su lado á aquel ser gracioso é insignificante, que llenaba la casa de cintajos, risas, música, baile, canciones de opereta, y de personas inútiles y frívolas como lo era ella. ¡A qué contrariarla! Detestaba los disgustos y temía aún más las lágrimas de Mariana, ante las cuales carecía de fuerza. ¿Cómo hablar en serio á una mujer que no quería oír la voz de la razón? ¿Cómo predicar la moral á la que no conocía otra más que su capricho? A pesar de esto Mariana no era mala, daba con gusto su dinero y prodigaba palabras de consuelo á los afligidos; pero después la risa volvía á sus labios.

El duelo de Mariana trajo por fuerza alguna seriedad á la casa; durante ocho meses se privó del baile y de los teatros; la pobre señora Mérof murió en pleno Carnaval, la temporada de invierno cobró

todo su festivo esplendor antes que terminase el luto. Mariana tenía un abono de palco en el teatro "Italiano" y se presentó en él con traje de seda negro y violetas de Parma en sus rubios cabellos en Navidad, bajo el pretexto de ser festividad cristiana, suspendió todo luto vistiendo traje blanco y gris que ya no se quitó. De manera que el duelo se concluyó antes del plazo regular ó sea antes que concluyesen las fiestas de aquella temporada.

El sábado de Carnaval se daba en la embajada de Austria un magnífico baile en el que debió reunirse la mejor sociedad de San Petersburgo. Los esposos Dournof recibieron una invitación, que el presidente puso sobre la mesa de su despacho sin cuidarse de ella.

—¿No sabes, amigo mío—dijo Mariana mientras se desayunaban—que encuentro muy extraño no nos hayan invitado al baile de la embajada?

—Estamos invitados—respondió Dournof con calma.

—¿Invitados... Y no me has dicho nada!

—No creí que eso pudiera interesarte.

—¿Cómo? ¿Y mi traje? ¡no voy á tener tiempo para que me lo hagan!

—¿Supongo que no tendrás intención de ir?

—¡Ya lo creo que la tengo... hace un año que estoy privada de toda diversión...!

Una mirada de Dournof le hizo suspender la frase.

—He sufrido mucho—añadió—para que se me regatee un poco de distracción; supongo que iremos juntos ¿no es verdad?

—Tú puedes ir si así te place, yo no voy.

—¡Pero va mi padre!—objetó Mariana pronta á llorar.

—Tu padre va como ministro de Justicia, no como viudo, cuyo luto no ha terminado. Además, puedes ir con él, yo no me opongo.

—¿Pero por qué...?—dijo Mariana.

—Me parece que no soy yo quien te lo ha de decir—replicó Dournof.

Mariana sin preocuparse más, fué á casa de la modista, encargándole un traje azul pálido que le sentaba muy bien.

Cada vez iban contrariando más á Dournof los caprichos de aquella mujer cuyo dolor tan pronto se había mitigado, despertando en él la cólera sorda dormida hacía tiempo en su corazón; para tantas contrariedades tenía un consuelo, que excepto *Niania* nadie conocía. Era por la mañana, entre ocho y diez, mientras su esposa dormía aún, cuando *Niania* y el niño se presentaban en su gabinete, en el ángulo reservado á Mariana y que casi nunca ocupó; un montón de juguetes cuidadosamente guardados en un cajoncito iban á volcarse por el suelo.

Al entrar Sergio, ocultándose detrás de la cortina gritaba ¡cucú! el padre dejaba el trabajo para sentarse sobre la alfombra al lado de *Niania*.

Allí, entre aquellos dos corazones que le amaban de veras, Sergio aprendió á tenerse en pie, á dar sus primeros pasos, para venir á caer en los brazos de su padre.

Nadie puede imaginarse la profunda emoción que se apoderó de Dournof, el día que Sergio se fijó por primera vez en el retrato de Antonia, señalándole con el dedo—¡Mamá!—dijo.

—No es mamá—repuso Dournof—es una tía que no verás nunca.

—¿Por qué?—dijo el niño.

—Porque está en el cielo.

Sergio tenía una noción muy vaga del cielo; sin embargo, *Niania* le hizo añadir en sus oraciones *Mi tía Antonia que está en el cielo*. No temía que la señora Dournof le preguntase nunca nada sobre aquella agregación tan poco litúrgica; nunca la madre ayu-

daba á acostar á su hijo y menos aún á levantarse.

La gran alegría de Dournof se reconcentraba en su hijo, la niña era muy tierna aún para compartir aquellas diversiones.

Aquel año, el mes de febrero fué muy crudo, abundaban los catarros, las bronquitis y las fiebres contagiosas; pero Mariana parecía ser invulnerable; pasaba los días entre la florista, el zapatero y la modista.

Llegó el día del baile; la señora Dournof, después de la misa de aniversario, se quitó completamente el luto. Aquella mañana Dournof notó que su hijo tenía alguna fiebre, y aquella indisposición le parecía anunciar algo más grave.

Por la tarde, mientras Mariana se probaba el traje ante el espejo, su esposo entró en la habitación de los niños. Sofía, sentada sobre una alfombra, jugaba con las muñecas; Sergio, acomodado en un silloncito, tenía una mejilla roja y otra pálida, parecía sufrir y estaba amodorrado.

Niania se acercó al padre y le dijo:

—He mandado á buscar al médico, me parece que el niño está enfermo.

Dournof cogió á Sergio en brazos. El niño no hizo resistencia, apoyando su ardiente cabeza en el hombro del padre. Este escuchaba su penosa respiración y le sostuvo en sus brazos hasta la llegada del médico que no tardó.

—Será una enfermedad de la infancia—dijo el doctor.—Esta noche ó mañana sabremos lo que tiene.

A eso de las diez, antes de irse al baile Mariana entró á ver á su hijo. Su aparición hizo á *Niania*, que, sentada en una silla, velaba al enfermito, levantar la cabeza.

El roce de la seda sobre el suelo, el brillo de los diamantes que Mariana llevaba en la cabeza, brazos y cuello, concordaba tan mal con la penosa respira-

ción del pobre niño, que *Niania* no pudo reprimir un ademán de sorpresa y de indignación.

—¿Está mejor?—preguntó Mariana en voz baja inclinándose sobre la cuna.

—No, señora, no está mejor—replicó *Niania* con sequedad.

Mariana pasó la mano por la abrasadora frente del niño, quien abrió los ojos sin reconocerla.

—¡Qué caliente está! ¿ha venido el médico?

—No—repuso *Niania*.

La joven miró en torno de ella, su buen intento le impulsaba á hacer algo por su hijo enfermo. Pero ignoraba por completo los deberes de la maternidad.

—¿Qué puedo hacer por él?—preguntó con una especie de inquietud nerviosa temiendo tener que cumplir una misión para la cual no estaba preparada.

—Nada, señora—respondió la vieja.—Ya nos arreglaremos muy bien solos.

Aquella respuesta pareció ofenderla. Con ademán altanero se dirigió hacia la cuna de su hijo. El ruido de la seda hizo otra vez abrir los ojos á Sergio; una tos ronca le sacudió el pecho con violencia. *Niania* le cogió en sus brazos y después de calmarle le volvió á colocar en el lecho.

Mariana, al ver aquella escena, notó que el corazón le remordía. ¡Pero cómo iba ella á tener celos de una criada!... Separó las cortinas de la cuna de Sofía... Estaba vacía.

—¿Dónde está mi hija?

—El señor ha mandado que la lleven á otra habitación, para preservarla de una enfermedad en caso de que sea contagiosa la del niño.

Mariana bajó la cabeza, no para ocultar su humillación; se reconcentraba para saborear su cólera.

¡Cómo! ¿Se hacían en su casa cambios semejantes sin consultarle á ella? ¡Dournof debía haberla avisado!

—¡Valiente capricho!—exclamó con seriedad.—
Sofía se constipará en una habitación que no esté tan
bien caldeada como esta. Vaya usted á buscar á la
niña y á la nodriza y que vengan aquí.

Niania se mantuvo quieta.

—¿No me ha oído usted?—dijo Mariana con se-
quedad.

La vieja ni siquiera pestañeó.

—Vamos—añadió—Mariana golpeando la alfom-
bra con el pie.

—El señor no me lo ha mandado—repuso *Niania*
sin levantar los ojos.

Mariana se quitó los guantes arrojándolos con fu-
ria al suelo.

—¿Es decir que yo no soy ama en mi casa? ¿Tú,
miserable criada, te atreves á desobedecerme?

—Yo no la desobedezco, señora—repuso *Niania*
con frialdad;—cumpló las órdenes de mi amo.

La puerta se abrió con suavidad y entró Dournof.

—¿Qué pasa?—preguntó al ver el semblante des-
compuesto de Mariana y el ceño rígido de la vieja
criada.

—Esta mujer se niega á obedecerme—dijo con ra-
bia la señora Dournof.

—¿Qué has ordenado?—dijo Dournof más sobre-
saltado de lo que parecía, pues temía hacía tiempo
un conflicto entre las dos mujeres y esperaba impa-
ciente la respuesta.

—La señora me ha ordenado volviese la niña á
esta habitación—dijo *Niania*.

—¿Por qué?—preguntó Dournof dirigiéndose á
Mariana.

—Porque... porque no quiero que se den órdenes
sin mi conocimiento, porque no quiero que se me trate
como una extraña, porque... quiero que se me con-
sulte en todo.

Dournof la miró con más piedad que cólera.

—Vete al baile—le dijo en vez de responderle.

Mariana le miró con sorpresa.

—Vete al baile—repitió—tu padre te espera abajo
en el coche. Después hablaremos.

Mariana vaciló un instante. Por un momento su
conciencia le impedía marchar, pero una mirada á su
vestido la hizo cambiar de opinión. Su marido tenía
aspecto serio ¿por qué? lo ignoraba. Una mezcla
singular de pena, cólera, obstinación y vanidad agi-
taba su alma frívola. Estaba descontenta de todo y
sobre todo de ella misma.

—Buenas noches—dijo pasando ante el lecho del
niño y su marido.

—Buenas noches—respondió Dournof con tristeza.

En el momento que apartaba las cortinas, una
tos espantosa, ronca, gutural como de alguien que
se ahoga, la hizo detenerse. Sergio era presa de una
nueva crisis. La joven volvió la cabeza, viendo al
padre y á *Niania* tratando de calmar al niño, ha-
ciéndole tomar una poción, Mariana comprendió no
ser necesaria al lado de aquella cuna y se fué.

Al salir su coche del zaguán se cruzó con otro,
era el del médico.